

Guillermo Rosales o la cólera intelectual*

Ivette Leyva Martínez

Para Guillermo Rosales parece haber llegado la hora de su consagración literaria internacional. Como suele suceder en los predios de la creación artística, el festín del éxito se produce póstumamente, casi una década después de que el escritor se volara la cabeza de un disparo, asediado por los fantasmas del delirio, la incompreensión y la locura.

Su novela *Boarding Home*, traducida al francés por Liliame Hasson, acaba de aparecer bajo el título de *Mon Ange*, publicada por la editorial Actes Sud. La crítica francesa no ha escatimado elogios desde la salida del libro. «Una gran novela corta», escribió el crítico de *Liberation*, Philippe Lancon, mientras Fabienne Dumontet la definió en *Le Monde* como «una espectacular novela autobiográfica, sarcástica e ingenua». El entusiasmo de la prensa francesa envolvió a Michel Polac, un célebre crítico literario que conduce programas culturales en la radio y televisión nacionales, calificando al autor cubano como «un meteoro incandescente que atraviesa el mundo gris de las letras». Marc Weitzmann llegó a decir en el magazine *Los Inrockuptibles*, que el estilo de Rosales le recuerda la sobriedad de Hemingway y ciertos clásicos de la literatura de Europa oriental.

El descubrimiento de Rosales en Francia se produce en momentos en que el laureado realizador cubanoamericano León Ichaso (*El Super*, *Azúcar amarga*, *Piñeiro*) ha manifestado interés en adaptar la novela al cine. Un acto de vindicación del autor — un «exiliado total», como gustaba definirse— y una noticia estimulante para la cultura cubana. Sin exclusiones y sin fronteras: como debiera ser; como será.

POCOS ESCRITORES CUBANOS ENCARNAN, COMO GUILLERMO ROSALES, EL paradigma de la frustración, el fulgor del genio, el tormento de la insatisfacción y la locura.

Murió a los 47 años, pobre, solo y olvidado; destruyó la mayor parte de su obra y en vida solamente publicó una novela de corte autobiográfico, *Boarding*

* Mi agradecimiento al poeta Néstor Díaz de Villegas, quien me sugirió esta investigación; a Delia Quintana y Leyma Rosales, madre y hermana del escritor, y al novelista Carlos Victoria, quienes colaboraron de forma indispensable. También al escritor Norberto Fuentes, que facilitó una de las copias de *El alambique mágico*.

Home (1987), premiada por el voto de Octavio Paz en un concurso literario local; mas su éxito se apagó con los *flashes* de las cámaras. Hoy su novela es considerada por muchos un clásico de la literatura cubana, pero sigue siendo desconocida para la mayoría de los lectores.

*Boarding Home*¹ cubre una dimensión dantesca de la vida. Es un viaje a los rincones más sombríos de la condición humana, y son pocos los que permanecen indiferentes ante esta visión. Humillaciones, suciedad, hedor y abusos físicos conforman el escenario donde pasa sus días el protagonista.

Apenas hay un momento de piedad para el lector, un hálito de esperanza en las 94 páginas que narran, con descarnada precisión, los días del escritor William Figueras, enfermo de los nervios, en la atmósfera asfixiante de este refugio de indigentes, basurero de la sociedad miamense.

El «home» no es hogar sino infierno, un círculo demencial donde los infortunados están condenados a reproducir a perpetuidad los estadios del ciclo de vida animal. Son «seres de ojos vacíos, mejillas secas, bocas desdentadas, cuerpos sucios»².

Boarding Home es una novela única dentro de la literatura cubana del exilio en los últimos 40 años. El protagonista habla desde la certeza de la derrota y la inevitabilidad de la alienación. Define, desde el inicio, lo particular de su situación:

«No soy un exiliado político. Soy un exiliado total. A veces pienso que si hubiera nacido en Brasil, España, Venezuela o Escandinavia, hubiera salido huyendo también de sus calles, puertos y praderas»³.

No hay en esta obra, como tampoco en el último y aún inédito libro de Rosales, *El alambique mágico*, un atisbo de nostalgia, una palabra, una frase que denote añoranza por Cuba.

El novelista Carlos Victoria, la persona más cercana a Rosales en los últimos años de su vida, cree que la falta de nostalgia de Rosales por Cuba se debía a un odio visceral. «Estaba alimentado por el odio, era su principal motor. Un odio contra la naturaleza humana, de no perdonar a nadie ningún defecto, ninguna debilidad, empezando con él mismo», recordó Victoria en entrevista para *Encuentro*.

El propio Rosales admitió que *Boarding Home* era «una novela escrita con odio»⁴ y legitimó su visión apocalíptica de la realidad y su vocación nihilista: «Creo que la experiencia de quien vivió en el comunismo y el capitalismo y no encontró valores sustanciales en ninguna de ambas sociedades (sic), merece

¹ Los *boarding homes* son asilos privados de Estados Unidos, donde se internan a personas discapacitadas física o mentalmente.

² *Boarding Home*, Salvat Editores, Barcelona, 1987, p.8

³ Idem, p. 7.

⁴ Entrevista en la revista *Mariel* (EE UU), Año 1, Volumen 3, 1986.

ser expuesta. Mi mensaje ha de ser pesimista, porque lo que veo y vi siempre a mi alrededor no da para más. No creo en Dios. No creo en el Hombre. No creo en ideologías»⁵.

Muchos de quienes lo conocieron en Miami lo recuerdan hoy con especial angustia. Era tremendamente irascible, mordaz hasta el sarcasmo, susceptible, agresivo hasta golpear, en ocasiones, a la gente más cercana a él. Al día siguiente volvía a tocar las mismas puertas, arrepentido. Sufría, pero no estaba en sus manos remediarlo: cada cierto tiempo padecía crisis de esquizofrenia; tenía visiones, oía voces, creía ver más allá de las paredes. Conservaba, a pesar de todo, un buen sentido del humor y cuando estaba de ánimo, le gustaba hacer bromas. Su capacidad de fabulación era inagotable: durante una conversación era capaz de improvisar los relatos más increíbles, que luego iba desarrollando por espacio de algunos días.

En la única entrevista que se le hizo en vida para la prensa, Rosales dice que sus personajes «casi todos son cubanos afectados por el totalitarismo castrista, guiñapos humanos»⁶.

En la novela, aunque el pasado levita sobre los personajes, su presencia es breve y tangencial: una loca se lamenta de las propiedades que le confiscaron en Cuba, otro chilla contra los comunistas que ve en todas partes. La voz del autor se desplaza en un presente tortuoso, infinito, con pocas referencias al pasado en Cuba y sin mostrar conflictos de identidad. La mayoría de las alusiones a la situación cubana develan el subconsciente, el universo onírico del protagonista. En sueños, William Figueras regresa a Cuba y enfrenta a Fidel Castro. Irónicamente, estas obsesiones de los exiliados, que en otras obras son reflejadas con amargura, se convierten en el único oasis de humor dentro de una narración seca y desgarradora:

(...) soñé que estaba de nuevo en La Habana, en el salón de una funeraria de la calle veintitrés. (...) De pronto se abrió una puerta blanca y entró un ataúd enorme cargado por una docena de viejas plañideras. Un amigo me dio un codazo en las costillas y me dijo:

—Ahí traen a Fidel Castro.

(...) Entonces el ataúd se abrió. Fidel sacó primero una mano. Luego la mitad del cuerpo. Finalmente salió por completo de la caja. Se arregló el traje de gala, y se acercó sonriente hasta nosotros.

—¿No hay café para mí? —preguntó.⁷

Otras referencias a la posición de William Figueras con respecto a Cuba tienen un toque de amargor y sarcasmo:

⁵ Idem.

⁶ Ibidem.

⁷ Op. Cit., p. 79.

«Es el Puma, uno de los hombres que hacen temblar a las mujeres de Miami (...) Jamás abrazará desesperadamente una ideología y luego se sentirá traicionado por ella. Nunca su corazón hará *crack* ante una idea en la que se creyó firme, desesperadamente. Nunca experimentará el júbilo de ser miembro de una revolución, y luego la angustia de ser devorado por ella».⁸

Las relaciones entre los indigentes que habitan el asilo se trazan sobre la rutina más primitiva: comer, dormir, hacer las necesidades fisiológicas, fornicar. William Figueras observa a los demás con frialdad, e interactúa con ellos bajo el signo de la crueldad que rige la vida del antro. La novela exhala violencia, que es uno de los rasgos distintivos de la obra de Rosales, como lo fue de su personalidad. Esa agresividad se expresa también en la prosa bruñida, en la precisión de los verbos y los adjetivos, en el estilo tajante, como un golpeo al oído.

«Voy hasta Reyes y lo cojo fuertemente por el cuello. Le doy una patada en los testículos. Estallo su cabeza contra la pared.

—Perdón... perdón... —dice Reyes.

Lo miro con asco. Sangra por la frente. Siento, al verlo, un extraño placer. Cojo la toalla, la tuerzo, y doy un latigazo con ella en su pecho esquelético.⁹

A pesar de ser partícipe, el protagonista evalúa los acontecimientos con la más pasmosa lucidez y distanciamiento:

«Fue una burguesa, allá en Cuba, en los años en que yo era un joven comunista. Ahora el comunista y la burguesa están en el mismo lugar que les asignó la historia: el *boarding home*»¹⁰

Tan pronto Rosales llegó a Miami, se le declaró incapacitado por problemas mentales y nunca trabajó. *Boarding Home*, escrita unos cinco años después, es el testimonio de su vida en Estados Unidos, que transcurrió sobre todo en *boarding homes*, con intervalos en hospitales psiquiátricos, en algún que otro hotelucho y en un pobre apartamento. Fueron siete años de desamparo, pobreza y corrosión. No gustaba de los grupos sociales y tenía pocos, pero fieles amigos. Entre los más cercanos estaban, además de Carlos Victoria, Reinaldo Arenas, el poeta Esteban Luis Cárdenas —el Negro de *Boarding Home*, hoy también pobre y olvidado en uno de esos asilos—, Carlos Quintela, Rosa Berre y el escritor colombiano Luis Zalamea.

Las relaciones con la parte de la familia que ya residía en la ciudad, fueron difíciles y no contribuyeron a detener su descalabro emocional:

⁸ Idem, p. 23.

⁹ Ibidem, p. 33.

¹⁰ Ibidem, p. 29.

«Creyeron que llegaría un futuro triunfador, (...) y lo que apareció en el aeropuerto (...) fue un tipo enloquecido, casi sin dientes, flaco y asustado, al que hubo que ingresar ese mismo día en una sala psiquiátrica porque miraba con recelo a toda la familia y en vez de abrazarlos y besarlos los insultó (...) Una mancha terrible en esta buena familia de pequeños burgueses cubanos (...). La única que se mantuvo fiel a los lazos familiares fue esta tía Clotilde (...) Hasta el día en que, aconsejada por otros familiares y amigos, decidió meterme en el *boarding home*, la casa de los escombros humanos.»¹¹

Había salido de La Habana rumbo a Madrid a los 33 años, en julio de 1979, y pudo llegar a Miami en enero de 1980. Estaba dispuesto a hacer su obra fuera de la isla.

En Cuba se había sumado al entusiasmo inicial de la Revolución; fue uno de los primeros en subir a la Sierra Maestra para alfabetizar. Luego obtuvo una beca para estudiar derecho diplomático y consular en la Escuela Especial del Servicio Exterior. De uniforme verde olivo, camisa gris y botas a media caña, se le apareció un día a Carlos Quintela, quien entonces dirigía el semanario juvenil *Mella*, órgano de la Asociación de Jóvenes Rebeldes y luego de la Unión de Jóvenes Comunistas. Tendría 14 o 15 años.

«Quería dejar la escuela de relaciones exteriores, y trabajar para *Mella*, pero eso no se podía hacer sin contar con Fidel [Castro]. Allí ganaba 300 pesos mensuales, y *Mella* pagaba 60 ó 70. No hubo modo de convencerlo de lo contrario; al cabo del tiempo Aníbal Escalante le resolvió la liberación de la escuela», rememoró Quintela¹².

Trabajó para esa revista entre 1961 y 1963. Cuando se sentaba a la máquina de escribir era capaz de redactar los reportajes en un dos por tres. Tras publicar «Hondo», un fascinante relato sobre espeleología, *Mella* recibió una llamada de la Academia de Ciencias: Rosales había inventado 14 nombres de formaciones geológicas, dijeron no sin cierta admiración los científicos.

Era un fabulador incansable. Un jodedor con dotes histriónicas al que le encantaba hacer bromas y hablar con contraseñas. Obsesivo con los temas que le interesaban, impredecible, agresivo: así lo recuerdan sus amigos de entonces. Esa luminosidad se tornó en trágica opacidad hacia el final de su vida; con tal cúmulo de disonancias entre sus años juveniles y su adultez, que la imagen del joven Rosales tiene visos de irrealidad para quienes lo conocieron en Miami.

En los 60, años de fogosidad creativa para los jóvenes periodistas de publicaciones como *Mella*, en la casa de Guillermito —como le decían los amigos— en el Vedado se reunían Silvio Rodríguez, Norberto Fuentes, Antonio Conte, Victor Casás y Eliseo Altunaga, entre otros, para oír música y hablar, insaciablemente, de todos los temas de este mundo.

¹¹ Ibidem, p. 10.

¹² Carlos Quintela meses después de conceder esta entrevista para *Encuentro*.

Leen y dibujan mucho sobre papel ahumado. Rosales duerme frente a un monstruo que ha pintado Silvio, inspirado en algún cuento de Poe. Le teme pero se regodea con la presencia de la imagen: lo feo, lo brutal, lo siniestro, le acosarían noches y días, en angustiosa ósmosis entre imaginación y realidad.

Muchos de sus amigos ya conocen por esa época la novela *Sábado de Gloria, Domingo de Resurrección*, que él recita de memoria. Poco después, en 1968, resultó finalista del Premio Casa de las Américas y obtuvo, por unanimidad, la recomendación de ser publicada, pero nunca lo fue.

Todo lo que dice *La Gaceta de Cuba* en la breve reseña introductoria a dos capítulos, es que «El protagonista es un niño influido por la lectura de los muñequitos (tiras cómicas) de la época anterior al triunfo de la Revolución»¹³. Apparentemente, se trataba de una obra inofensiva, a salvo de la guillotina editorial.

Pero sólo llegó a las librerías en 1994 y en Miami, donde se publicó póstumamente bajo el título de *El juego de la viola*. La versión publicada diverge muy poco de la que apareció en *La Gaceta de Cuba*: el capítulo «A las dos mi reloj» pasa a ser «A la una mi mula», y «A las once campana de bronce» es «A las siete mi machete» en la versión definitiva. Un par de párrafos fueron suprimidos y hay cambios en los signos de puntuación; se adicionaron onomatopeyas y las oraciones son más concisas y cortantes; el sello personal de Rosales asoma desde esta primera novela: el estilo, un estilete, y la estructura narrativa, ágil, vertiginosa.

La historia, en efecto, está situada antes de 1959, y narra escenas de la vida diaria de Agar, un niño fantasioso e infeliz que está en el umbral de la adolescencia. Las 95 páginas de la historia, contadas en tiempo pasado, están agrupadas en capítulos titulados con los versos del juego infantil de la viola, que se convierte en una diversión maligna de los Chicos Malos, vecinitos del protagonista:

«— Criaturas...? Por qué se odian?
— Si estamos jugando! —exclamaron todos»¹⁴.

El juego de la viola no es una lectura agradable. Agar vive en un medio hostil, donde los personajes de los comics son sus únicos aliados y su conducta fluye desde una tremenda agresividad y soledad interior. La imagen de la niñez es amarga y despiadada:

«Han visto ustedes un ser más diabólico que un niño? Los niños del trópico son engendros de la delincuencia».¹⁵

Es sintomático que Rosales no intentara seducir al jurado de Casa de las Américas con la historia de alguna epopeya guerrillera, tan de moda en esos

¹³ *La Gaceta de Cuba*, N° 74, junio de 1969, p. 2.

¹⁴ *El juego de la viola*, Ediciones Universal, Miami, 1994, p. 64.

¹⁵ Op. Cit, p. 21.

momentos en América Latina. En cambio, hay en su novela un desasimiento total de las circunstancias políticas y del entusiasmo revolucionario de la época. Su osadía —o su ingenuidad— lo llevó también a presentar un texto que pudo haber sido buena tela para el corte de los censores oficiales:

«No. Definitivamente no le gustaban los comunistas. El Halcón, el Sargento York y todos los demás eran lindos, y los comunistas calvos y sin dientes. —Todos con el culo remendado —decía Abuela Agata. Todos con olor a taller de bicicletas».¹⁶

Por si fuera poco, el padre de Agar, Papá Lorenzo, es un comunista fervoroso pero poco coherente:

«—Tu padre es un comunista muy extraño —dijo Abuela Agata—. Primero recogía votos y organizaba huelgas y hasta me hizo votar por la Candidatura Popular. Y ahora se hizo contador público, y te quiere meter en un colegio de ricos, y al carajo las huelgas, y los votos, y yo sigo afiliada a esa Candidatura Popular, ¿eh? ¡Ahora resulta que es rotario! Comunista y Rotario Internacional. No entiendo. «Es una cuestión de táctica», dice. ¿Táctica? Yo no entiendo nada de táctica. ¡Qué me devuelvan mi carnet electoral! ¡Eso es lo que quiero!»¹⁷

El jurado de ese año del Casa de las Américas, integrado por Julio Cortázar y Noé Jitrik, entre otros, prefirió premiar *La canción de la crisálida*, de Renato Prada Oropesa, una novela sobre las guerrillas bolivianas.

De haber sido publicada, la novela de iniciación de Rosales sería reconocida como precursora de una narrativa enraizada en las tradiciones populares de la cultura pop, que tuvo en Manuel Puig a uno de sus mejores cultores en América Latina.

«Hubiera sido fundadora de un camino nuevo en la narrativa latinoamericana por su novedoso acercamiento al mundo de los comics», opina el crítico Carlos Espinosa, quien considera que al haber sido publicada después de tantos años «es ahora una novela extemporánea, y uno hace de ella una lectura injusta».

Tras salir del semanario *Mella*, en 1963, Rosales fue llamado al Servicio Militar Obligatorio, de donde fue dado de baja tras ingresar en el hospital de Mazorra, en La Habana, por problemas siquiátricos. Aunque sus trastornos mentales ya se hacían notar, quienes lo conocían de cerca sabían que jugaba con ellos de tal modo que para algunos no era posible identificar una crisis real o ficticia. Quizás como en Agar, el personaje de su primer libro, las fantasías se entronizaban en la vida real. «Me hice el loco», le contó a su buen amigo Quintela, refiriéndose a su salida del servicio militar.

¹⁶ Idem, p. 89.

¹⁷ Ibidem, p. 87-88.

«Odiaba la dictadura, no creía en la autoridad, era rebelde, todo lo ponía en duda».

En 1965 se unió a su familia en Checoslovaquia, donde el padre era embajador. Allí sufrió una larga crisis nerviosa. Más tarde viajó a la Unión Soviética, donde fue ingresado en un hospital psiquiátrico y le diagnosticaron esquizofrenia. De regreso a Cuba, entre 1966 y 1967, también recibió tratamiento psiquiátrico, pero a diferencia de los soviéticos, los médicos cubanos creían que solo tenía trastornos de personalidad.

En los años siguientes transitó por varios puestos de trabajo, pero en ninguno estuvo más tiempo que en *Mella*. Fue maestro, constructor, oficinista, guionista de radio y televisión, colaborador de varias revistas.

Solo quería escribir. Su hermana Leyma cuenta que hizo una novela, *Sócrates*, tras leer la *Paideia* griega. «*Sócrates* lo enloqueció» —rememora ella. «Para escribirla, se encerró en la casa durante un mes, sin salir a la calle. Más tarde la quemó. No he conocido otra persona con tanta capacidad de autodestrucción. Era como un esplendor que en cualquier momento se iba a apagar, solo que no sabíamos cuando».

No hacía versiones de sus obras; escribía y rompía papeles a la misma velocidad. La madre guardaba sus escritos bajo llave en el armario, pero él venía y desfondaba el mueble por detrás, y luego los destruía. En Cuba también destruyó otra novela sobre la Guerra de los Diez Años —que recordaron sus amigos Quintela y Rosa Berre—, y que recogía, entre otros temas, el papel de los hacendados ricos en la independencia, y la historia del ron cubano.

Ya en Estados Unidos intentó reconstruirla y lo hizo, en forma de noveleta, que también desapareció más tarde. Todo lo que ha quedado de esta son dos o tres hojas manuscritas. En ellas trazó el boceto de una novela que «tratara de demostrar que la guerra del 68 sirvió grandemente para eliminar los regionalismos y crear un concepto de Cuba, psicológica, territorial y culturalmente»¹⁸. Prefirió en ese entonces escribir una narración histórica, eludiendo la realidad inmediata.

Dado su estilo de trabajo, resulta sorprendente que haya conservado y sacado de Cuba una de las copias de lo que sería *El juego de la viola*.

Escribió *Boarding Home* en unos dos años. La novela refleja sobre todo el panorama de Happy Home, uno de los tantos asilos donde vivió. Allí, durante una de sus visitas, Carlos Victoria leyó las primeras páginas y comprendió que tenía en las manos algo especial.

Fue Victoria quien llevó el libro a la primera edición del concurso Letras de Oro. «Guillermo era muy inseguro con respecto a lo que escribía, siempre estaba muy insatisfecho. Me daba a revisar sus escritos, y luego me los pedía y los destruía. Así se perdieron muchos», relata el novelista.

¹⁸ Papeles personales de Rosales, facilitados por su familia.

Octavio Paz, quien presidió la sección de novela del concurso, le concedió el premio a Rosales en enero de 1987. Debió haber sido el momento más feliz de su vida. Muchos lo recuerdan en la noche de premiación; estaba eufórico. Por primera vez, a los cuarenta años, alcanzaba un verdadero reconocimiento para su obra. En las fotos, con un smoking negro alquilado que le sobra en su cuerpo reseco, posa al lado de las personalidades del mundillo intelectual de Miami. Esboza una sonrisa tenue.

«Únicamente en un país tan grande y libre como este es posible que una minoría se exprese en su lengua nativa»¹⁹, declaró a la prensa, al tiempo que lamentaba que hubiera en Miami «tremenda pobreza en el mundo cultural cubano»²⁰.

Ese raquitismo cultural del Miami de entonces catalizó la decisión de poner fin a sus días. Tras su único instante de gloria, vivió los últimos seis años en el forzoso ostracismo del olvido. Letras de Oro no cumplió su objetivo de editar en inglés las obras de los autores ganadores. Al cerrarse el concurso y con este los almacenes donde se guardaban las colecciones de los libros premiados, alguien decidió deshacerse de ellos mediante el fuego.

El escritor colombiano Luis Zalamea, quien fuera consultor literario del Letras de Oro, quedó tan impresionado con la novela de Rosales que la tradujo al inglés. «Se la envié a un par de agentes literarios de Nueva York, quienes contestaron que el tema no tenía ‘mercado’ en Estados Unidos»²¹.

Rosales estaba desesperado por publicar y le pedía a Zalamea que lo ayudara. Pero la perspectiva no podía ser más desalentadora: la mayoría de los escritores de Miami tenían, y aún hoy tienen, que costear las ediciones de sus obras. Como si tanta adversidad fuera poca, también se han visto obligados a lidiar con el estigma de Miami, por cuenta del cual la mayoría de las universidades, los círculos intelectuales y las editoriales europeas, estadounidenses y latinoamericanas han aislado durante décadas a los escritores cubanos del exilio, eludiendo reconocer y difundir sus obras. Los escritores cubanos de Miami han sido visualizados, quizás, a imagen de las turbas de exiliados enardecidos que en ocasiones han colocado a la ciudad en las primeras planas de la prensa mundial.

Ahora, tras el desmoronamiento de la «alternativa social cubana» y la reevaluación crítica de la diáspora por parte de ciertos sectores, antes hostiles, el futuro se perfila algo más promisorio para ellos.

Pero Rosales no pudo esperar. Marginal y marginado, por su carácter y su enfermedad, no tenía capacidad ni dinero para intentar abrir las puertas de las editoriales. Alcanzó a publicar fragmentos de *El juego de la viola* y de *Boarding Home* en la revista *Mariel*²² y dos cuentos del volumen inédito *El*

¹⁹ «Escritor miamense entre siete laureados con Letras de Oro». *El Nuevo Herald*, (Miami), 23 de enero de 1987, p. 2.

²⁰ «Certamen literario revela diversidad». *El Nuevo Herald*, 27 de enero de 1987, p. 8.

²¹ Zalamea, Luis: «Elegía para Guillermo Rosales». *El Nuevo Herald*, 19 de julio de 1983, p. 8 A.

²² Aparecidos, respectivamente en *Mariel*, Año I, volumen 2, 1986; Año I, volumen 3, 1986.

alambique mágico: «El diablo y la monja», y «A puertas cerradas» en *Linden Lane Magazine*²³.

Entre 1988 y 1990 escribió *El alambique mágico*, del cual han sobrevivido dos copias casi idénticas. «Él estaba insatisfecho con ese libro. Sabía que la calidad de los cuentos era muy irregular», recuerda Victoria. A pesar de que los doce relatos tienen distinta calidad literaria, en todos está el inconfundible estilo narrativo de Rosales. Los defectos de algunos, más que de costura, parecen estar en la elección de los temas.

El alambique mágico tiene además el interés de ser el único libro donde el hilo narrativo conductor no es autobiográfico. Es también el de mayor carga erótica, en momentos en que el escritor era consciente de que pocas mujeres se habrían acercado a él.

Estaba muy delgado, había perdido todos los dientes y apenas se alimentaba. Si lo hubiéramos visto, enrumbando por la calle Flagler hacia el *downtown*, absorbiendo con fruición el humo del cigarrillo, el olor agrio de la ropa vagando sobre el cuerpo enteco, lo hubiéramos confundido con un indigente más. De sus años juveniles sólo parecía quedar el hábito de fumar constantemente y su sentido del humor. No oía radio, no iba al cine ni veía televisión, quizás en un intento por mantener su escritura incontaminada.

En su último libro hay resonancias del convencimiento del autor de que «a la injusticia de la vida hay que responder con la violencia y la cólera intelectual, que es la que más daño hace. (...) Mi mente sólo tiene cabida para lo que tengo que escribir, que espero sea mucho»²⁴.

No escribió más, aunque su capacidad para crear historias permaneció casi intacta. El deterioro físico y mental en los últimos tres años de su vida fue vertiginoso. Siguió de asilo en asilo, y por último habitó un modesto apartamento del noroeste de Miami, con tan pocas pertenencias que parecía una celda monacal.

Pocos lo visitaban ya: Victoria, Cárdenas, Zalamea y algún que otro más. Cuando Victoria lo iba a ver le llevaba un poco de dinero, cigarros, libros. «Tenía variaciones fuertes y rápidas de su estado de ánimo, propias de una persona con su padecimiento», dice. En los últimos tiempos, Rosales prefería leer a sus amigos cartas que él mismo les había escrito, antes que decir las cosas verbalmente²⁵; un proceso de sustitución progresiva de la expresión oral por la escrita.

«Parecía una vela que flaquea»²⁶, escribió a su muerte el periodista Orlando Alomá, recordando los últimos días de Rosales. La muerte de su amigo Reinaldo Arenas también lo afectó mucho. Durante meses, recuerda Victoria, lo

²³ «Dos cuentos de Guillermo Rosales» en *Linden Lane Magazine*. Vol XI, no. 2, junio de 1992.

²⁴ Entrevista a la revista *Mariel*, *Ibidem*.

²⁵ En el cuento «La estrella fugaz», incluido en *El resbaloso y otros cuentos* (Ediciones Universal, Miami, 1997), Victoria narra estos encuentros y las relaciones entre él, Rosales y Reinaldo Arenas.

²⁶ Alomá, Orlando: «La breve infelicidad de Rosales», *El Nuevo Herald*, 27 de julio de 1993, p.17-A.

llamaba todos los días, siempre cerca de las once de la mañana, para anunciarle que se iba a matar. «No creía que lo llegara a hacer», cuenta el amigo.

Ni siquiera después de muerto el escritor la obra ha gozado de reconocimiento. El único fragmento de *Boarding Home* publicado en Cuba, bajo el título de «El refugio», se agrupó bajo el tema general de «Erotismo y humor en la novela cubana de la diáspora», que de por sí desvirtúa la esencia de la novela. Si bien hay en ella elementos de erotismo y humor, estos se diluyen, se contraen, adquieren otra significación en el contexto terrible del *boarding home*.

La mayoría de los críticos que se ocupan de la literatura cubana han desconocido o incomprendido la obra de Rosales. Se le menciona, a veces, en el contexto de estudios sobre la llamada «Generación del Mariel».

«Cojo una pistola imaginaria y me la llevo a la sien. Disparo», escribió en *Boarding Home*. La mañana del martes 6 de julio de 1993, el gatillo ya no era ficticio. Las cenizas de Guillermo Rosales descansan en el regazo cálido de Miami, la ciudad «indiferente y superficial donde también el ojo de Dios penetra hondo, y juzga, y castiga, y perdona»²⁷.

²⁷ *El alambique mágico* (copia mecanografiada).

